

CON ESPERANZA

Homilía en el Te Deum Ecuménico de Fiestas Patrias

18 de septiembre de 1980

Hoy como ayer, al celebrar el Día de la patria debemos decir: en una hora difícil para el mundo entero; una hora que marca el fin de una época y el comienzo de otra; una hora en que la Humanidad toda parece gemir en trance de doloroso alumbramiento, nos encontramos reunidos en este Templo, mudo testigo de nuestra historia, para elevar nuestra oración a Dios por Chile y su pueblo, en el día de la Patria.

Hemos venido aquí movidos por la esperanza, es la esperanza cristiana, esperanza del hijo de Dios que confía en la omnipotencia, bondadosa y fiel del Señor de la Historia y Padre de todos los chilenos.

Cristo es la luz de los pueblos. La Iglesia prolongando y continuando la misión de su Señor y fundador, desea ardientemente iluminar a todos los hombres, anunciando el Evangelio a toda criatura con la claridad de Cristo. Hoy, como al principio de nuestra historia Dios quiere iluminar el quehacer de Chile por medio de su Iglesia. Desde la alborada del descubrimiento hasta la época de su plena madurez de nación libre y soberana, la Iglesia ha querido ser como el alma de este pueblo, signo animador de su indestructible cohesión, madre de su fe, educadora y centinela de su patrimonio moral, manantial de su esperanza.

Construir sobre la roca que es Cristo

Continuamos abocados a una inmensa y permanente tarea: edificar la patria. No sobre cimientos cualesquiera, sino sobre aquellos –perennes, inmovibles- sobre los que se construye el edificio humano, que Dios nos ha revelado en Jesucristo. “Yo, como buen arquitecto –dice el Apóstol- puse las bases según la capacidad que Dios me ha concedido; otro después ha de levantar el edificio. Que cada uno, sin embargo, se fije cómo construye encima. Porque un cimiento diferente del ya puesto, que es Jesucristo, nadie puede ponerlo” (I Cor. 10-11).

Y al pensar que debemos edificar nuestra patria sobre Cristo, el Señor, la Iglesia recurre al tesoro inagotable del Mensaje de la Palabra de Dios y del Magisterio de sus pastores, para hablarnos al corazón y señalarnos los grandes valores que no podemos olvidar; las verdades que no pasan y que en todos los tiempos la Iglesia ha anunciado en toda la tierra. “Señor, ¿a quién iríamos? Tú sólo tienes palabras de vida eterna (Jn. 6, 68). ¡Te confesamos, Señor –una vez más- como la roca sólida sobre la cual queremos construir la nación chilena. (Cfr. Mt. 7, 24s.) Isaías, señalando proféticamente al Mesías venidero se expresa: “He aquí mi siervo, a quien yo sostengo, mi elegido, el preferido de mi corazón. He puesto mi Espíritu sobre él. El enseñará el derecho a las naciones. No clamará, no gritará, ni alzaré en las calles su voz. No

romperá la caña quebrada ni aplastará la mecha que está por apagarse. Enseñará a las naciones mis juicios sin dejarse quebrar ni aplastar, hasta que reine el derecho en la tierra. Los países lejanos esperarán en él". (Isaías, 41, 1-4).

El ha venido a enseñar el derecho a todas las naciones; nuestro Chile, desde sus albores ha bebido y amado este Mensaje de justicia, de derecho y de libertad, sobre el cual ha querido forjar las características de su nacionalidad. La Iglesia, junto a los hombres de buena voluntad, ha tenido y continuará teniendo el privilegio de defender y predicar la justicia y el derecho, haciéndose eco de la situación y los sentimientos de los pobres y humildes. Así ha entendido su misión universal y quisiera que todos hagan suyo su convencimiento de que, asegurados los derechos de los más humildes, con sagrado respeto, porque son rostro del Señor, se asegura el derecho de todos.

Construir el edificio de la paz

Sobre la piedra angular, que es Cristo el Señor, se puede construir con confianza y esperanza. Debemos construir sobre ella como nos lo pide el Apóstol, con los mejores materiales, para que bajo el alero del sólido edificio de la nación chilena sus habitantes encuentren la paz, aquella que los ángeles anunciaron en Belén "a todos los hombres que ama el Señor" (Lc. 2, 14). No sólo debemos construir con los mejores materiales; la casa que edificamos es de piedras vivas. Todos estamos llamados a poner de lo nuestro. Cuando la patria es edificada con la colaboración de todos y así todos pueden llamarla desde el corazón "nuestra patria", la obra es también amada y cuidada por todos.

El Santo Padre Juan XXIII, de querida memoria, nos exhorta en su Carta Encíclica sobre la Paz en la Tierra, a construirla fielmente, respetando el orden establecido por Dios, para que ella se establezca y se consolide (Cfr. *Pacem in Terris*, N° 1). Los fundamentos indispensables para alcanzar este ideal los señala el Santo Padre en los siguientes términos: "Pero la paz será palabra vacía mientras no se funde sobre el orden, cuyas líneas fundamentales, movidos por una gran esperanza, hemos como esbozado en esta nuestra encíclica: un orden basado en la verdad, establecido de acuerdo con las normas de la justicia, sustentado y henchido por la caridad y, finalmente, realizado bajo los auspicios de la libertad" (Cfr. *Pacem in Terris*, N° 167).

"Por esto –dice el Papa- la convivencia civil sólo puede juzgarse ordenada, fructífera y congruente con la dignidad humana si se funda en la verdad. Esto ocurrirá ciertamente, cuando cada cual reconozca, en la debida forma, los derechos que le son propios y los deberes que tiene para con los demás. Pero, no basta esto solo, porque la sociedad humana se va desarrollando conjuntamente con la libertad, es decir, con sistemas que se ajusten a la dignidad del ciudadano, ya que, siendo éste racional por naturaleza, resulta, por lo mismo responsable de sus acciones" (*Pasem in Terris*, N° 35).

Hoy, Señor, venimos a pedirte que sepamos dedicar nuestra vida a estos valores perennes signos de la presencia de tu Reino. Como Pablo, te pedimos

aborrecer lo malo y abrazarnos al bien. Te pedimos ser generosos con todos; no desmayar en el difícil trabajo de construir una patria en el Derecho, la verdad, la justicia, el amor y la libertad. Que estos valores guíen los pasos de nuestros gobernantes en esta delicada y hermosa tarea. Que la esperanza nos mantenga alegres; que seamos fuertes ante las dificultades y que sepamos sacar nuestra fuerza de la oración; que a nadie queramos mal; que la bendición sea la palabra que surja siempre de nuestros labios; que sepamos alegrarnos con los que ríen y, sobre todo, llorar con los que lloran; que busquemos la concordia entre los habitantes de nuestra querida nación, y ser los artífices de la paz, para recibir la bendición de Cristo, el Señor: “Felices los que trabajan para construir la paz porque serán reconocidos como hijos de Dios”. (Mt. 5, 10).

Al terminar, elevo mis preces al Señor. La Iglesia, puesta al servicio de los hijos de esta tierra, en nombre de Dios, quiere únicamente ayudar a construir un nuevo orden social. Le ha preguntado a su Maestro cuál es el fundamento inamovible de ese orden y El le ha respondido: “Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y toda tu mente. Este es el primero y el más importante de los mandamientos. Pero hay otro semejante a éste: amarás a tu prójimo como a ti mismo. Toda la Ley y los Profetas se fundamentan en estos dos mandamientos” (Mt. 22, 37-40). Toda la voluntad del Señor para la felicidad de los hombres se encuentra resumida aquí. El amor es el único camino, el único cimiento de la patria que soñamos. Estamos aquí porque creemos en ella. Salgamos de aquí para crearla. Pero antes oremos. Oremos por Chile y en particular por nuestros gobernantes. Sólo el Señor puede darles esa fe, esa constancia y ese amor, que les permitirán, con la colaboración de todo su pueblo, hacer de Chile un santuario del hombre y una familia de hermanos.

ASÍ SEA

Santiago, 18 de Septiembre de 1980

